

André Maurois, ese grande amigo

Escribe: HECTOR ROJAS HERAZO

Muchas veces he escuchado esta frase, aun en boca de personas de reconocida generosidad mental: "André Maurois es un escritor señorero". De un solo papirotazo verbal, como es costumbre muy socorrida en este y en otros medios, se intenta aniquilar una vida, por más de medio siglo dedicada a ayudar a un sector del género humano, concretamente a quienes han sido sus fieles lectores, a encontrarle un sentido y una dimensión a la existencia.

Se habla mucho, pero pocas veces tenemos el placer de detectar a sus verdaderos oficiantes, de la más difícil de todas las cortesías: de la cortesía del espíritu. Y cualquier análisis de la tarea literaria de André Maurois debe tener esta propiedad como centro esclarecedor. De allí hemos de partir a la búsqueda de esas instancias mentales con que ha establecido —a través de la biografía y el ensayo, con más efectividad que otros vehículos literarios en que ha dejado huella— contacto con sus semejantes. La cortesía, en su forma más simple y superficial, en la del trato cotidiano, es el arte de manejar con desenfado un cúmulo de

normas encaminadas al respeto y la exaltación del prójimo. Cortesía viene de corte, implica desenvoltura y elegancia palatinas. Detrás de los reverentes ademanes está el canon, la norma, el estilo. Detrás del cortesano, entrenado en la respuesta sutil y el sutil disimulo, está la ceremonia y la pompa que tienen como finalidad última el reconocimiento y la reverencia a Dios en la persona del monarca. Es, pues, la cortesía el triunfo de la mesura sobre el arrebató, de la disciplina sobre el instinto, de la prestancia ritual sobre el gesto improvisado. Es, en suma, la tarde de una cultura que se contempla y dignifica a sí misma en su afelpado resplandor.

Si este ideal de existencia, después de apropiarse y fecundar un espíritu, es puesto a funcionar en una prosa el resultado no es otro que el método, la gracia comunicante, la felicidad para enseñar sin recordar que se enseña. Esto es André Maurois. Un escritor que ha alcanzado una tan difícil maestría, una tan honda amabilidad pedagógica, que leerlo es una de las más eminentes formas de distracción. Desde lo más abstruso a lo más

risueño, Maurois es la compostura, el rigor sin espavientos. Nos hablará de Platón o Descartes como de viejos amigos. De viejos amigos de él y del lector. Y a tal grado asciende el hechizo que ese lector, insensiblemente, empezará a secretar lo mejor de sus dones. Empezará a respirar con pausa, a nadar sin miedo en aquella prosa de linfa purísima, a olvidar la fatiga del esfuerzo, a sentir la vivencia y el deleite de la cultura. Desde este punto de vista, leer a Maurois es una gimnasia tonificante. Después de aquel ejercicio, como después de la práctica de algunos deportes orientales encaminados a la perfección interior, no habrá cansancio. Habrá, por el contrario, un renacimiento tangible, corporal, de la esperanza, de la fe en la capacidad de convertir la investigación en un acto de amor. Maurois, en fin, alcanza lo que únicamente es concedido a los grandes comunicativos: hacer que, a su contacto, todas las almas se sientan en su elemento.

Después de esta experiencia —en la que un escritor solicita y obtiene la atención de su lector apelando a los recursos más generosos de su conciencia— comprendemos la deshonestidad de algunos divulgadores, en el orden literario o científico, al tratar de explotar el primario terror individual a la soledad, a la desorientación, al olvido. Maurois, en ningún instante ofrece panaceas o fórmulas de uso personal

para adquirir la felicidad o el reposo. Por el contrario, se emplea a fondo en el análisis de los conflictos centrales de la criatura humana pero, lo recordamos una vez más, sin arrugar el ceño, sin erizar el discurso, sin imprimirle a su acento vacuas entonaciones. Nos hablará, por ejemplo, del dolor de envejecer, de la fuerza destructiva del tiempo, de la pasión, del descontrol de los apetitos y también del placer que debemos derivar de las costumbres y las cosas simples; de la necesidad de encontrarle a nuestra existencia un sentido y un objetivo. De todo esto nos hablará Maurois. Pero la profunda, exquisita cortesía de su espíritu, a que hice referencia en el comienzo de esta nota, le impedirá sacudir, torturar y finalmente abandonar a su lector al propio descontrol.

Para él, como para todo hombre auténticamente cortés, el interlocutor es sagrado. Le merece el más hondo respeto y la pasión más duradera. Es el grande amigo. Para él, para su lector, ha vigilado el estilo, ha dosificado la admonición, ha embellecido las sugerencias. Cuando acabemos su lectura sentiremos la misma tristeza que nos invade al abandonar un amable lugar. Un lugar donde el árbol y el cielo y la ternura del instante y el amigo con quien hemos compartido todo aquello participan de un acuerdo, de un secreto ritmo, de una vaga y sin embargo dichosa convicción de que todavía no es hora de morir.